

Teología y economía

En el sínodo que acaba de celebrarse en Roma se plantearon dos temas de gran repercusión pública: en primer término, la iniciativa de algunos obispos en cuanto a que los divorciados vuelvan a casar puedan ser readmitidos a la vida sacramental; en segundo término, la teología de la liberación. Ambos tienen en común el de suscitar gran interés, y aún comprometer profundamente en los medios católicos a gran número de personas.

Al mismo tiempo, la índole de uno y otro es radicalmente diferente. Al punto de que su contraste suministra un ejemplo elocuente del espectro amplísimo de cuestiones con que los hombres de la Iglesia tienen que verse en estos difíciles tiempos en que nos ha tocado vivir.

Detengámonos un instante a considerar el primer tema. Varios obispos, entre ellos el de Tokio, Mgr. Shiranagi, han replanteado la aspiración de que los divorciados que hayan contraído nuevo matrimonio sean autorizados, bajo ciertas condiciones, a volver a frecuentar los sacramentos. Durante el Concilio Vaticano II la iniciativa había sido formulada por el obispo melquita Mgr. Elias Zoghby, basándose, entre otros fundamentos, en el ejemplo de la Iglesia cismática griega (Ortodoxa) que encontró en una norma sentada por el Concilio de Nicea, del año 325, fundamento para permitir un segundo matrimonio canónico al cónyuge inculpaible del fracaso de su primera unión. El Vaticano II se pronunció categóricamente contra esta propuesta. Sin embargo, en los años subsiguientes, diversos sínodos nacionales —de Holanda, de Alemania Federal, de Suiza— recogieron la misma aspiración.

Para la Iglesia la indisolubilidad del matrimonio se halla palmariamente asentada sobre las Sagradas Escrituras, forma parte de la estructura eterna de su doctrina.

¿Qué le dice, entonces, la Iglesia al fiel que ve deshacerse su

hogar por culpa ajena, y cuyo vínculo civil es roto por la sentencia de un juez, sin que él haya tenido en ello arte ni parte? Pues le dice que el vínculo de su matrimonio religioso sigue intacto, y que, por tanto, no puede volver a casarse. Que si, contra ello, contrae matrimonio civil, ingresa en un estado de pecado que le cierra el acceso a los sacramentos. Y le exhorta a que lleve su cruz como tantos otros fieles soportan las suyas, con feliz aceptación de la voluntad de Dios, merced a la gracia que, en su misericordia infinita, El nunca ha de negarle.

El problema —porque para mí hay un problema— es que el proyecto de vida que la Iglesia plantea a este divorciado inculpaible se halla en abierta oposición con la moral ambiente. Tan separado de ella como la de un monje cartujo, con la diferencia de que el religioso se aleja del mundo, y por lo tanto de sus reglas, y al descaído inocente se le pide que cumpla la hazaña de mantener en pie sobre cada uno de dos órdenes éticos profundamente escindidos.

Me imagino la hondura de reflexión que esta espinosa cuestión ha de suscitar en tantos de los miembros del sínodo. Me imagino el fervor con que pedirán a Dios que ilumine sus inteligencias. En mis propias oraciones les tendré presentes, a la vez que dé gracias por hallarme eximido de tomar posición ante un problema que, como he dicho, reconozco por tal, pero cuya solución percibo igualmente como inaccesible a mis fuerzas.

Pasemos al segundo tema. Para mí este tránsito equivale a dar un salto de siete leguas, a través de un precipicio insondable. Se trata de la Teología de la Liberación; del debate sobre ella que, según la prensa, cavó profundas divisiones en la asamblea sinodal.

La Teología de la Liberación,

¿qué enseña? Básicamente, que el cristiano, en América Latina, o, más generalmente, en las regiones menos desarrolladas económicamente, está llamado a sumarse a la empresa revolucionaria que en ellas intentan diversas fuerzas, notablemente las fuerzas del marxismo; si es necesario, por la fuerza; a fin de sustituir las actuales estructuras socioeconómicas —donde los teólogos liberacionistas ven a la propiedad privada desempeñar un papel antievangelico— por estructuras colectivistas. Y, ello, ¿por qué? ¿Con qué base?

Y todavía antes, ¿en qué sentido es esto teología? Por ejemplo, yo creo que en los países económicamente menos desarrollados la propiedad privada suele estar mal definida y sujeta a excesivas inseguridades. Como consecuencia de ello, se resiente la inversión, que es la incorporación al capital de nuevos recursos, ya que los dueños de esos recursos prefieren radicarlos donde tales riesgos sean menores. Y ello contribuye más que nada a la pobreza general. Creo en ello como economista. ¿Y a título de qué me dicen ciertas personas, que no son economistas, que la solución debe ser eliminar sencillamente el derecho individual de propiedad, en lugar como yo querría, de clarificarlo y fortalecerlo? El hecho de que esas personas se reconozcan a sí mismas como teólogos, y hablen en tanto que tales, ¿cómo se casa con el carácter redondamente económico de su mensaje?

No sé si soy claro en cuanto a la dificultad que experimento. Supongamos que los teólogos liberacionistas me dijeran que, como cristiano, yo debería estar comprometido con la solución del problema de la pobreza extrema, sin interesarme ninguna otra consideración. Pienso que esa admonición estaría plagada de ambigüedades, al punto de ser inaplicable

sobre todo por abstraer la cuestión de su ámbito cronológico. Pero no le hace. Yo reconocería que el mensaje pertenece a la clase susceptible de ser transmitida por una autoridad espiritual. Una autoridad espiritual apresurada, radical, olvidadiza de otros valores esenciales, podría enunciar esa clase de regla. Pero ella me dejaría en libertad para pensar por mí mismo, como economista, cuál sería la política óptima para satisfacer esa restricción. Que en mi caso ciertamente no sería proponer el colectivismo.

El colectivismo no lo propondría nunca. Creo en ningún lugar hay pobres tan pobres como los que quieren irse de un país y no pueden hacerlo. Elena Bonner, la esposa de Andrei Sajarov, fue autorizada a salir de la URSS para tratarse médicamente, mientras mantenían como rehén a su esposo, hasta que ella retornara al destierro que comparte con él en una ciudad perdida en las estepas. Pues aún esa indigencia extrema en materia de calidad de vida es un privilegio excepcional para una ciudadana soviética, gestado por la presión de la opinión pública mundial y las necesidades del Kremlin en materia de relaciones diplomáticas. Días atrás un joven fue matado de un balazo en La Habana al tratar de refugiarse en la embajada de Venezuela. ¿Quién, fuera de la órbita sino-soviética, sería comparable, en puntos a pauperismo, a ese desventurado? ¿Dónde hay menesterosos como los de Viet Nam, como los de Kampuchea, como los de Berlín, en masa disuadidos de buscar mejor suerte sólo por las alambradas de púas, por los mastines, por las murallas, por las metralletas, por los tiburones? Pese a lo cual, a diario, algunos —los más con resultado fatal— intentan la aventura.

Yo jamás propondría el colectivismo. Al árbol lo conocemos ya de sobra, y nunca le hemos visto

dar frutos que no fueran amargos. ¿Cómo es posible que lo propongan teólogos? ¿Qué saben los teólogos, en tanto que tales, de colectivismo, y de propiedad?

La teoría parece que es así. Teología es toda reflexión sistemática a partir de una experiencia religiosa, o referente a la fe. Como la ayuda a los pobres es una actividad cargada de una fuerte tonalidad positiva en la concepción cristiana de la vida, algunos fieles se acercan a los pobres, y al hacerlo perciben —los problemas que esta percepción plantea los dejo de lado— que los pobres están en lucha por cambiar las estructuras de una sociedad que les ha relegado a una posición de penuria. Entonces esos cristianos se unen a esa lucha. Y se les antoja que ella se asemeja a la lucha de Moisés por liberar al pueblo hebreo de su servidumbre al Faraón. De modo que si el peregrinar de los judíos hacia la tierra prometida es objeto válido para la reflexión teológica, ¿por qué no también el empeño de la guerrilla por conducir al pueblo salvadoreño, o al pueblo peruano, o a cualquier otro pueblo en que haya, haya habido, o haya de haber, una empresa semejante, hacia la sociedad de promisión marxista, hacia el colectivismo?

Pues, como tal vez el lector haya reparado ya, en la versión moderna del Exodo parece faltar algo. La inspiración divina que movió a Moisés, aquí, ¿dónde está? El papel de la zarza ardiente, ¿quién lo desempeña?

Tiene que haber alguien o algo que les diga a los teólogos liberacionistas hacia dónde queda la sociedad de promisión. Esta información no pueden haberla encontrado en la praxis revolucionaria. Por poca lógica que uno sepa tiene que darse cuenta de que, si bien cronológicamente la intuición puede haber sucedido a la praxis, el orden lógico tiene que ser el inverso.

El colectivismo, entonces, ¿por qué? ¿Con qué base lo recomien-

Teología y economía

(viene de pág. 2)

dan los teólogos de la liberación? ¿Cómo saben que la voz que les ha susurrado que es en pos del colectivismo que deben guiar a los cristianos no es la voz del diablo?

Nominalmente, el papel de la zarza ardiente lo desempeña

Marx. Más que zarza, en el caso son sus barbas crepitantes de donde la voz profética escarece el itinerario revolucionario hacia el sistema social que mana justicia y libertad.

Eso, como decía, nominalmente. Los teólogos liberacionistas que corfozco parecen haber comprado a Marx en una sola pieza, a título de ciencia —¡imagínense ustedes!— sin haber intentado siquiera abrirse camino por sus intrincadas complejidades e innumerables contradicciones. De hecho, la voz sale de un arbusto nada flamígero, que crece silvestre en el fondo de la mayor parte de las casas. Es el voluntarismo.

El voluntarismo es la teoría que atribuye total plasticidad a la realidad social, de modo que quienes tengan el poder pueden moldear esa realidad a su placer.

Un ejemplo patente de voluntarismo lo encuentro en este pronunciamiento de un teólogo europeo J. Moltmann —otro teólogo, de otra escuela, pero con mucho en común con los liberacionistas— que escribe:

"Ya no concebimos que las estructuras sociales sean dadas por la naturaleza o por Dios, sino que sabemos que son hechas

por el hombre y por lo tanto pueden ser cambiadas por el hombre" (*La esperanza experimental*, p. 85).

Moltmann confunde, como tantos y tantos, lo hecho por el hombre, que abarca toda la cultura, con lo hecho conforme a los designios del hombre, que en el ámbito de las estructuras sociales representa algo así como un conjunto vacío. Esa confusión —y no el marxismo, que en su versión genuina es estrictamente antivoluntarista— es el ingrediente más común de las actitudes revolucionarias de nuestro tiempo. Tan común es, esa planta silvestre, tan poco zarza ardiente, algo así como una ruda teológica, que ni se la ve. Pero esta ahí, eso sin duda.

Sin ella la teología de la liberación no puede empezar a tener sentido. No sería más que una exhortación a la rebeldía sin causa, a luchar sin saber por qué, a una fe nihilista en el poder creador de la violencia. Pues, entonces, vale la pena llamar a los botánicos a que examinen el yuyito. Con seguridad que van a pronunciar que sus raíces son inequívocamente económicas, y que el follaje teológico es sólo una apariencia.

En una palabra, el problema de la teología me parece ser hoy en

buen medida un problema de límites. Ciertamente que dentro de sus fronteras deben hallarse todas las empresas humanas en cuanto comprometan la fe o la moral, pero no menos cierto me parece que la solución de las cuestiones científicas que se interponen entre los medios de obrar humano y sus fines se sitúan fuera de ellas.

En suma, hay vastas zonas donde los teólogos son baqueanos, y yo forastero. Pero hay al menos rincones donde yo puedo decirles: "hasta aquí, señores: este es mi territorio". Y si en mi territorio hubiera paredes, escribir: teólogos, ¡go home!



ANCAP

DIVISION COMBUSTIBLES Licitaciones públicas

Licitación Pública N° 0/0800. La Administración Nacional de Combustibles, Alcohol y Portland, ha resuelto prorrogar la fecha de recepción y apertura de ofertas de la Licitación Pública N° 0/0800, convocada para la compra de surtidores para Estaciones de Servicio, para el día 14 de enero de 1986 a las 15.00 horas.

TODOS LOS

MARTES

La más completa
información deportiva
del Brasil.

**ZERO
HORA**